

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista Semanal*, por D.^a Carolina Sorel.—*Doña Isabel de Josa*, por D.^a Angela Grassi.—*La primer arruga y el primer diente*, por D.^a Camila Avilés.—*Nocturno* (poesía), por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Casarse por carambola* (conclusion), por D.^a Micaela de Silva.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Modas*.—**LÁMINA:** Grabado de Modas, núm. 5.

REVISTA SEMANAL.



L año de mil ochocientos sesenta y seis, al descender pacíficamente, concluida su carrera, al panteon de los siglos, se ha despedido de nosotros como un padre cariñoso, siguiendo la costumbre de sus antecesores, dejándonos una inolvidable memoria de su prodigalidad en abundantes aguinaldos.

Su sucesor ha principiado su vida adornado con la capa de blanco armiño que le ha regalado su padrino el Invierno; ha llorado despues como todos los niños, y ya trata de echarla de hombre, entregándose á las locuras del carnaval.

No le seguiremos á Capellanes, y aguardando á que los salones que ya han principiado á abrir sus puertas á nuestras lectoras les ofrezcan bailes de trajes, vamos á presentarlas en uno, cuya preciosa lámina repartimos con este número á las suscriptoras por un año de la edicion completa, en la que encontrarán mas de un gracioso modelo que imitar (1).

Figuráos un vasto salon, compuesto de elegantes arca-das cubiertas de follaje, en cuyo recinto se agita una compacta muchedumbre, ataviada con trajes históricos de todas las épocas ó de gracioso capricho. Entre su vistoso brillo, hace una triste figura el caballero de nuestros dias con su hético frac negro, su sombrero de claqué, su corbata y guantes blancos, y su pechera ricamente bordada. Da el brazo á una dama con vestido de corte del tiempo del Im-

(1) Las señoras suscriptoras que no tengan derecho á esta lámina y quieran obtenerla, se servirán enviar á esta administracion cuatro reales ó nueve sellos de franqueo de á cuatro cuartos.

perio (1810), de terciopelo azul, estrecho de falda, de talle alto, muy escotado y de manga corta, guarnecido de galon de oro y con cinturon de lo mismo. Adornan su descubierta garganta tres sargas de perlas, y una colereta de encaje alta por detrás.

Delante de esta pareja está sentada la Reina de los locos, con vestido de tul blanco, bordado de oro, de cuerpo escotado y túnica cortada á picos ondeados, que descansa sobre otra falda de raso amarillo. La corona, collar, brazaletes y pendientes, son de oro, y del cinturon, dorado tambien, penden bolas de lo mismo. Un manto de terciopelo morado guarnecido de galon de oro, añade la debida majestad á este traje, que se completa con el cetro de la locura, adornado de cascabeles.

A sus piés un paje arrodillado la presenta en una copa de oro el néctar de los Dioses. Viste pantalon de punto ajus, tado, color claro, con trusas verdes, acuchilladas de seda color de rosa. El colete, y un gorro de capricho, son tambien verdes, y terminan en picos con cascabeles.

Apoyado en el respaldo del sillón régio se pavonea un Anglo-sajon, con su manto corto de púrpura, adornado de dos galones de oro, sujeto al hombro izquierdo con un boton dorado: su blanca túnica tiene listas de color de rosa, con flores azules entre una y otra: en su desnuda pierna, figurada por un calzon ajustado, lleva una liga ó jarretiera encarnada. Brodequines y gorro de terciopelo negro, con galon de oro, terminan el traje.

No lejos da conversacion á una aldeana un Alto Baron de la corte de Francisco I. Sobre su colete de terciopelo negro ostenta una banda de seda verde y collar de oro. Las trusas son verdes, con calzon ajustado blanco. En el gorro de terciopelo negro se balancean plumas blancas y verdes.



La doncella con quien conversa lleva un traje airoso y de muy buen efecto. Sobre una saya corta verde va recogida en la mitad la falda del vestido morado, guarnecida de una ancha tira de terciopelo negro: el cuerpo es escotado y de manga corta, con adornos de cintas de terciopelo. En las trenzas que forman la moña hay un lazo de cinta color de rosa.

El aldeano que dá el brazo á esta jóven lleva traje oscuro de campo.

Orgullosa se muestra un guerrero del siglo XVI, llevando del brazo á una jóven del Cáucaso. Viste esta dama una falda corta rosa encima de otra negra: sobre un cuerpo escotado en corazon de muselina blanca; hay otro azul del mismo corte con aldeta larga, manga corta y justa, adornado de cuentas doradas. Su peinado está hecho en dos rizos, que se recojen en trenzas por detrás; y el prendido es redondo, con cuentas doradas parecido á los sombreros del día.

Cierra el cuadro un Rey africano con una especie de blusa larga, rayada de rosa y amarillo, sujeta al talle, y con turbante de color de rosa.

No terminaremos esta Revista sin decir algo á nuestras amables lectoras de trajes de actualidad. Vamos á reseñar dos para calle (*figurin núm. 839.*)

Es el primero un vestido de tafetan verde, de manga ajustada y falda de larga cola, adornada de bieses de terciopelo negro. Sobre este vestido va otro de grós negro, de falda mas corta, cortada en grandes ondas, orilladas de vivos de tafetan verde, que se reproducen en las costuras de los paños. Seis lazos del mismo tafetan se colocan en las ondas de la falda; dos á cada lado y dos por detrás.

El sombrero que acompaña á este traje es de terciopelo negro, de fondo liso y redondo: la parte de atrás y la que figura el ala van orilladas de tafetan verde, y esta última adornada de margaritas de terciopelo. Las bridas son de tafetan verde.

El segundo traje es propio para una jovencita. Sobre una falda, que no arrastra, de seda morada, va otra mas corta de paño *moutonné* blanco ó de color claro, con su paletot correspondiente, guarnecidos ambos de bieses morados y azabaches.

El sombrero es de fieltro blanco, redondo, con el ala lisa, orillada de terciopelo: rodea la copa una corona de plumas blancas rizadas, entremezcladas con flores moradas de terciopelo.

CAROLINA SOREL.

INSTRUCCION.

DOÑA ISABEL DE JOSA.

¡Cuándo las cien trompetas de la fama publican por todas partes, trasmitiendo su eco de siglo en siglo el nombre de los héroes destructores de la paz de los pueblos; cuando la gloria corona con un laurel eterno las sienes de los sábios, autores de inventos peregrinos, pero que solo contribuyeron al bienestar material de sus hermanos; los nombres de los que consagraron su existencia á enjugar las lágrimas del triste, á redimir las almas extraviadas, quedan oscurecidos, y apenas uno que otro logra escaparse del panteon funesto del olvido! Y no obstante, cada edad podría registrar en sus anales millares de estos nombres, mas gloriosos que los de los conquistadores y los sábios; pero la virtud es modesta: la virtud que solo aspira á alcanzar palmas inmarcesibles en el cielo, no se cuida de que sus altos hechos queden aquí grabados en mármoles ni en bronce: la virtud confía el recuerdo de sus bellas obras al corazon de los hombres, y los hombres, ingratos, lo olvidan, despues de haber recibido el beneficio!

Y si se borra el recuerdo de los héroes de la humanidad, ¿cuánto mas no se borrará el de las heroínas, siéndole mas difícil á la mujer salir del oscuro centro que la misma naturaleza le ha prescrito?

Todos conocen, sin embargo, los nombres gloriosos de Isabel la Católica, Berenguela y D.^a María de Molina; todos

reverencian los insignes de D.^a Beatriz Galindo, Luisa Siquera; y otras célebres eruditas; pocos, muy pocos saben quién fué Isabel de Josa, excelsa matrona barcelonesa, grande por sus virtudes y su ardiente amor al prójimo, pero que ni ceñía los lauros del saber humano, ni la corona esplendorosa de los Reyes.

Fué allá por los años 1500, que vivió esta predicadora tan inspirada y elocuente, que movía á su voluntad los corazones, y arrancaba lágrimas abundantes á los ojos de cuantos la escuchaban.

Hé aquí cómo se reveló en ella esta vocacion bendita.

Pertenecía á una de las familias mas ricas y mas ilustres de Cataluña, y habitaba en un palacio situado en la plaza del Borne de Barcelona, histórica plaza, en donde antes se celebraban las justas y torneos, palenque glorioso en donde lucian su valor y sus magníficas armaduras los héroes catalanes.

Un día, cuando contaba apenas doce años, hallábase Isabel al balcon platicando con Jordi de Moncada, uno de los mas bellos y apuestos caballeros de la época, que la requería de amores, y que por concierto de los parientes de entrambos, debía apellidarse muy en breve esposa suya.

Era Isabel hermosa, y mas que hermosa buena. Amaba á Jordi tanto como puede amar una niña cándida y sencilla, y escuchaba las amantes protestas de su amor con casto regocijo.

De repente vió desembocar por una callejuela inmedia-

ta una multitud desatentada y furiosa, que arrastraba consigo, golpeándolos é insultándolos, á débiles ancianos, tristes mujeres y niños desvalidos.

Era en aquel tiempo en que un odio inestinguible separaba á los hijos de Cristo de los sectarios de Mahoma. Los Sarracenos habian caído como una bandada de buitres sobre el castillo de Ausona, blandiendo la tea y el hierro, cortando todas las vidas, convirtiendo en escombros los altivos murallones; y el pueblo de Barcelona en horribles represalias, acababa de arrancar aquellos rehenes del enemigo, sus hijos, mujeres, padres, de sus téticas mazmorras, para vengar en su sangre indefensa la sangre de sus hermanos!

En vano los soldados habian intentado poner coto al furor creciente del pueblo, sediento de venganza. La voz del Conde soberano habia sido desatendida; habian sido despreciadas las lanzas y las adargas.

El pueblo llegó rugiendo á la plaza del Borne, y encendió una anchurosa hoguera.

Pero cuando ya las tristes víctimas, cuyos gemidos se confundían con las blasfemias de sus verdugos, iban á ser arrojadas á las llamas, una mujer, una niña, se presentó en medio de las enfurecidas masas.

¡Era Isabel! Isabel no vió que fuesen sarracenos aquellos desventurados: no vió en ellos mas que ancianos indefensos, madres sin ventura, que estrechaban llorando contra su seno al hijo de sus entrañas.

Isabel estaba hermosa, iluminada por el reflejo de la hoguera y por el fuego del amor que ardía en su pecho; estaba hermosa en aquel supremo instante, contrastando la debilidad de su sér con el enérgico arrojé de su alma.

—¡Hermanos, hermanos, gritó con acento dulce y vibrante á la vez, detenéos, en nombre de Jesucristo!

Y ¡oh milagro, la ciega y turbulenta multitud, que no habia prestado oídos ni á ruegos ni á amenazas, se detuvo ante aquella débil niña, sobrecogida y avergonzada!

Isabel subió sobre las gradas de la iglesia de Santa María del Mar, y ella tan tímida, ella tan modesta y ruburosa, dirigió su voz á la muchedumbre con enérgico y apasionado acento.

¡Ah, sin duda los ángeles la inspiraron, porque sino ¿cómo hubiera podido hallar palabras para persuadir á aquellos espíritus exaltados, para conmover aquellos corazones, que solo ansiaban la venganza? ¡Ah, sin duda los ángeles la inspiraron, porque cuando dejó de hablar cayeron rotas en mil pedazos las cadenas que sujetaban á las víctimas, y los hijos corrieron á los brazos de sus madres, y los ancianos corrieron á los brazos de sus hijos, y todos, víctimas y verdugos, todos se postraron de rodillas, y los gemidos de dolor y los gritos de esterminio se trocaron en himnos religiosos, que debieron subir puros y fervientes hasta el trono de Aquel, que es el Dios de las misericordias infinitas!

Desde entonces quedó fijado el ulterior destino de Isabel; vió, que aunque niña y débil, podía obrar mucho bien, podía enjugar muchas lágrimas, y trocando el amor terrestre por los amores del cielo, y la corona nupcial por el cándido velo de las esposas de Cristo, substituyó con un traje de paño burdo su traje recamado de oro; substituyó á su collar de perlas una grosera alforja, y fué de calle en ca-

lle, y de puerta en puerta, pidiendo por amor de Dios una limosna; limosna que repartía entre los pobres, con la tierna solicitud de una madre que reparte cuanto posee entre sus hijos.

Ni dejaba de penetrar en el suntuoso palacio de los ricos, á pesar de la humildad de su hábito de franciscana de la Orden Tercera, para darles sábios consejos; ni se desdenguaba de acudir á la zahurda del pobre, para ofrecerle consuelos. Siempre se la hallaba á la cabecera del enfermo, al lado del afligido: para ella los días carecían de noche, y su ardiente amor al prójimo no la permitía tomar ni un instante de reposo.

Pero no se contentaba con esto: era Hermana de la santa Cofradía de la Purísima sangre de Jesucristo, que ella, en union del seráfico San Vicente Ferrer, habia fundado en una de las capillas de la iglesia de Nuestra Señora del Pino, y allí predicaba la ilustre matrona, con tal fervor y elocuencia, que eran infinitas las estraviadas ovejuelas que volvían al rebaño del Pastor divino.

Subyugados por su natural y sencilla predicacion, uníanse los matrimonios desavenidos, volvían á someterse á la autoridad paterna los turbulentos hijos, y las desenvueltas jovencillas renunciaban á las galas y á los fútiles devaneos, para imitar el santo ejemplo de la discípula de Cristo.

La elocuencia de Isabel nacía de su ardiente caridad, de su entrañable amor al prójimo, ¿podía dejar de obrar portentoso?

Pero su corona inmortal hubiera quedado incompleta, sino hubiese apurado la amarga copa del odio y las persecuciones. Fueron instrumentos de su martirio sus padres y sus deudos, quienes heridos en su orgullo, por su llaneza y humildad, la suscitaron toda clase de sinsabores.

Vióse la heroica matrona reclusa mil veces, mil veces escarnecida y maltratada, y por último, tuvo que huir á Italia, para evitar mayores desventuras.

Allí vivió, como en España, mendigando para socorrer á los necesitados, vertiendo sobre todos el bien á manos llenas.

Mas no era aquí en donde debía obtener la recompensa de tantos desvelos y sacrificios: ¡el mundo no tiene premios para las almas nobles y evangélicas!

Cuando murió el mas tenaz de sus perseguidores, cuando ya se halagaba con la esperanza de volver á respirar las auras queridas de su patria, la sorprendió la muerte recostada sobre un jergón de paja, que la caridad le habia cedido, rodeada de personas estrañas, que no obstante bendecían su nombre, y que cavaron con sus propias manos la fosa, en donde duerme el sueño de los bienaventurados.

Murió como vivió, pobre y desvalida: vivirá eternamente coronada de luz en el Sagrario del Eterno. ¡Oh, procuremos imitar su inefable caridad cristiana, procuremos atesorar en nuestro corazon un poco de ese amor sublime que la hizo obrar tantos milagros en la tierra, que la conquistó en el cielo la corona esplendente de los justos!

Isabel de Josa, han pasado muchos siglos, desde que como el ángel del bien cruzaste por el mundo, y conmigo otras almas tiernas y apasionadas, bendicen tu memoria!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

LA PRIMER ARRUGA Y EL PRIMER DIENTE.

I.

—¿Qué os parece, amiguitas, del ajuar de Gabriela? preguntaba la rubia Paulina mirando á sus compañeras.

—¡Magnífico!!! respondieron seis ó siete voces á la vez. ¿Habeis reparado en este chal de cachemir? siguió diciéndolo Paulina. ¡Qué finura de tejido! ¿Pues y el dibujo? ¡Mirad, qué palmas estas!

—¡Pues y este punto de Chantilly! exclamó la pálida Teresa. ¿Puede darse un dibujo mas caprichoso? Diríase que le han tejido las hadas para regalársele á una Reina.

—Reina de la Moda llaman á Gabriela, dijo Fanni sonriendo maliciosamente; y el tono de una Reina se dará cuando luzca estos vestidos tan lujosos.

—El novio le ha regalado una docena de trajes á cual mas ricos. ¡No se puede negar que hace un buen casamiento!

—Algo tardío, repuso la envidiosa Fanni.

—¿Tardío? repitieron las otras mirándose con una sonrisa picaresca.

—¡Ya se vé! continuó diciendo Fanni. Gabriela es mucho mayor que nosotras; segun la cuenta de mamá no baja de los veinte y seis, aunque solo confiesa veinte y dos, y eso cuando le dá por ser escrupulosa. Me parece que bastante ha esperado...

—Y combatido, añadió Paulina riendo; pocas mujeres habrán hecho dar mas vueltas á los bailarines, mas carreras á los ginetes, mas paseos á sus acompañantes. Gabriela es como el perejil, que se le halla en todas las salsas. En los bailes, en los conciertos, en los teatros, en los baños, en donde quiera que se reune la gente *comme il faut*, allí danza Gabriela... la que tanto busca, por fuerza tiene que hallar. El Evangelio lo dice: —Buscad y encontrareis.

—Pero entonces, preguntó la cándida Enriqueta, ¿porqué ha tardado Gabriela en encontrar marido?... Supongo, añadió contestándose á sí misma, que habrá sido por buscar un hombre de talento y corazon, á quien poder amar dignamente.

—¡Qué cosa tan antigua! exclamó Fanni. ¿De dónde sacará Enriqueta esas suposiciones tan rancias? ¡Talento! ¿Para qué le necesita un hombre rico?... ¡Corazon! Si fuera de oro guarnecido de brillantes ó rubíes, ¡anda con Dios! serviría para guardapelo. En un marido no se buscan esas cosas; se busca un nombre ilustre, una posicion brillante, y, sobre todo, muchísimo dinero. Eso es lo que Gabriela buscaba, y si ha encontrado algo mas, es porque la suerte ha querido dárselo de añadidura.

Alfredo Levallois es joven distinguido, amable y elegantísimo; viste con gusto, walsa divinamente, monta muy bien á caballo, fuma con gracia, charla con despejo, y gusta de Gabriela como gustaria de un juguete muy bonito, muy frágil, y, sobre todo, muy caro... Lo que no se puede

negar, es que la tal Gabriela no solo nació de pié, sino peinada, y peinada por Croisard.

Esta salida hizo reír á las jóvenes, y solo Enriqueta dijo tímidamente: —¡La fortuna es que Gabriela no está oyéndonos! ¿Pero adónde habrá ido?

—Al cuarto de su tia; están en gran conferencia, respondió Paulina. Mad. Saivé la estará predicando un sermón acerca de los deberes y peligros del matrimonio, y Gabriela, como tiene de costumbre, la oirá como quien oye llover, embebida en sus planes de arreglo de casa, es decir, del lujo con que ha de alhajarla, de las libreas que han de llevar sus criados, etc., etc. El matrimonio es asunto mas ó menos grave, segun el lado porque se le mira. Yo le comparo á esos grupos de nubecillas que se forman en el estío á la puesta del sol, y en las que cada uno ve lo que se le antoja. Montañas ó valles, ángeles ó dragones, palacios ó cavernas; y vosotras, amiguitas, ¿qué veis? No en el cielo, sino en el matrimonio, que es cosa muy distinta.

—Yo veo la independendencia, respondió Fanni, que rabiaba por salir cuanto antes de tutela.

—Yo el amor, la dicha, dijo Teresa bajando los ojos con aire sentimental.

—Yo lo que veo en el matrimonio, es la esperanza de oír unas vocecitas muy dulces que nos llaman mamá, y ver unas cabecitas rubias apoyadas contra el seno que las alimenta, dijo la mas jóven de todas ellas.

—¡Qué error! exclamó Paulina encojiendo los hombros. Comprendo que una mujer desee mandar en su casa, ¡pero ser nodriza y niñera! ¡vaya un gusto! No sobre una cuna... sobre un trono deberíamos colocar el castillo que cada una de nosotras fabrica en el viento.

—Pero el castillo es fácil que se desplome, y en tal caso bueno es que nos quede la cuna para consuelo, repuso la dulce niña, que se llamaba Enriqueta.

—Recibe mi parabien; el gusto es raro y modesto, pero no muy admitido entre las mujeres de buen tono.... Y mientras esto decia iba Fanni examinando la ropa blanca primorosamente guarnecida de bordados y encajes.

Mientras las aturdidas jóvenes se distraen mirando las vistas de la novia, ó como ahora se dice, para que los españoles lo entiendan mejor, el *trousseau* ó la *corveille*, vamos nosotros á escuchar la conversacion de Gabriela con su tia.

—Mi amada niña, decíala Mad. de Saivé, anciana de noble aspecto, amable fisonomía y argentada cabellera. ¡Quiera Dios que tu matrimonio sea feliz!

—¿Y por qué no lo ha de ser? repuso la novia con viveza. ¡Vaya si lo será! Tendremos casa en París y en Versailles. Un soberbio castillo en la Turena.

—Sí, eso ya lo sé.

—Tendremos coche cerrado para los dias que llueva ó haga frio; carretela, silla de postas, caballos de *pur sang*.

—¡Ya! ¡ya! Estoy al cabo de todo eso.

—Por lo que á mi hace, no tendré que envidiar sus galas á la mas elegante dama de la corte.



MADRID.

Calle de las HUERTAS, núm. 37.

Núm. 5.

Ayuntamiento de Madrid

—Lo creo; mas fácil es que haya quien envidie las tuyas.

—Yo sabré montar mi casa bajo un pié de lujo admirable, y con tan buen gusto, que dará mucho qué hablar en París.

—Lo supongo.

—Recibiré un día ó dos á la semana, y ya vereis si sé hacer los honores del salon!

—En eso no me cabe la menor duda.

—Tendré un marido que me amará lo bastante para no contrariar mis gustos, y que tendrá el talento suficiente para comprender que yo debo hacer un uso muy brillante de su fortuna.

—Pero, dime, Gabrielita, ¿por qué has dejado el marido para lo último?

—Porque... porque... no es del marido de quien se ocupa una lo primero. Antes se considera la posicion, la fortuna, sus circunstancias; como dicen los ingleses. Porque al fin, la mujer, cuando se casa, es cuando labra su posicion en el mundo.

—Pues mira, cuando yo me casé, no era eso lo que buscaba, dijo la tia suspirando.

—Pero tia, eso no hace regla, repuso la jóven riendo; vuestro casamiento se realizó allá por el año treinta y tantos; entonces el romanticismo estaba muy de moda. Hoy día, gracias al cielo, las mujeres no son tan desinteresadas, tan sentimentales; en esta época de lujo y positivismo, la ternura es lo de menos, y entre las gentes del gran mundo se hace mas caso de la riqueza y de la elegancia.

Mad. de Saivé miró tristemente á su sobrina, y dijo suspirando:

—Temo haber faltado á mi deber. Tu educacion no ha sido acaso tan buena como debieras haberla recibido, pobre huérfana! ¡Dulce angelito que me legó una hermana querida!

—¡Qué no me habeis educado bien!! Tia, estais en un error, desengañaos. El mundo entero dice lo contrario. Todos á porfia celebran mis habilidades en la música, en el dibujo, en el baile, en la equitacion, en las mas primorosas labores, y sobre todo, en la manera de lucirlas. Gracias á vuestros cuidados maternos, he sido la mas mimada de las sobrinas, y la mas feliz de las solteras.

—Es que no basta ser feliz, es necesario saber obrar de modo que hagamos felices á los que nos rodean, repuso Mad. de Saivé con voz tímida.

—Y qué, tia, ¿sois desgraciada por culpa mia? ¿Os he causado algun pesar?

—¡No, hija de mi alma! Tú has sido y eres el orgullo y alegría de mi vida... pero tu futuro esposo... Alfredo...

—Y bien, ¿qué? ¿Tiene Alfredo queja de mí? ¿No le doy mi mano, mi fortuna y mi persona? ¿Qué mas quiere? ¿Encuentra mezquino el regalo?

—Es probable que quiera tu amor.

—¿Y acaso no ha recibido pruebas del mio? ¿No le he preferido al marqués de Colne, que es muy rico, y al General *** que me pareció algo viejo?...

—Querrá tus cuidados, volvió á decir la buena de la tia.

—¿Mis cuidados? Ya verá si sé multiplicarlos para que nuestra casa sea citada como una de las mejores y mas bri-

llantes de París; en todo él se dirá que Mr. Alfredo Levallois es uno de los mas afortunados banqueros de Europa, poseyendo una gran fortuna, un gusto perfecto y una mujer amable.

—En cuanto á eso, no me cabe duda, hija mia; ya te lo he dicho, pero en el trato íntimo... en el interior de tu familia...

—Pero tia, ¿queda tiempo de tratarse íntimamente, de pensar en lo interior de la familia, cuando se vive en el gran mundo? Por la mañana nos veremos á la hora del almuerzo, porque almorzaremos juntos, como está muy en el órden; despues el banquero se irá probablemente á sus negocios, y su señora al tocador, á las tiendas ó á sus visitas; por la tarde, á paseo al bosque de Bolonia, adonde Alfredo irá á buscarme despues que haya concluido sus negocios del dia. Volveremos juntos á casa. En la mesa tendremos siempre algunos convidados. Despues de la comida, tendré que volver al tocador á vestirme para el teatro, la tertulia ó el baile. Irémos juntos, es verdad, pero, ¿qué intimidad puede haber entre dos personas que se ven en medio de un círculo de trescientas ó cuatrocientas personas escogidas, ó en un palco de la ópera?

—Eso es verdad; pero, ¿y si Alfredo no gusta de hacer esa vida?

—¡Pues no ha de gustar!! ¡Tan acostumbrado está como yo!

—Sí, pero el hombre cuando se casa, no es para continuar la vida de soltero, ni á la mujer puede convenirle. Gabriela mia, créelo, esa vida de triunfos, de fiestas, de agitacion continua, solo es agradable para los jóvenes; pero en llegando á la edad madura...

—Tia, nosotros procuraremos ser jóvenes mucho tiempo. Una mujer, cuando es bella, feliz y rica, no envejece sino muy tarde. Ya vereis cómo sé alargar ese plazo.

—Sí, sí, pero al fin, como no hay plazo que no se cumpla, por mucho que se prolongue vuestra juventud... ya ves, fuerza es que llegue su término... y entonces...

—Entonces, dijo Gabriela interrumpiendo á su tia, se goza de otro modo; ya no se baila, pero se juega, y en vez de lucir cantando, se luce en la conversacion. Desengañaos, querida tia, cuando una mujer ha empuñado el cetro de la moda, cuando se ha visto muy obsequiada y aplaudida, siempre la queda un círculo de admiradores que recuerdan sus triunfos, y á lo menos en aquel círculo, sigue reinando.

—Bien, hija, bien, sea como lo dices. Yo lo que deseo, Gabriela mia, es que tu reinado sea muy largo, y sobre todo, muy feliz, para que tu pobre tia, que ya no tiene córte que la distraiga, pueda bajar al sepulcro sin pesar ni remordimientos.

—Os prohibo, exclamó Gabriela besando á su buena tia, que nombreis los pesares, el sepulcro y los remordimientos. A las novias no se las habla de cosas tristes. Se las adorna con alegres colores, con blanco, rosa ó celeste; lo negro está excluido... ¿Estamos?... Ahora venga otro beso, y hasta muy pronto, querida tia. Voy á ver qué hacen aquellas loquillas...

Las loquillas lo que hacian era revolver el ajuar de la novia, sin cansarse de admirar sus galas... y aderezos.

(Se continuará.) CANILA AVILÉS.

NOCTURNO.

Ya huyó el sol por Occidente :
 Ya va mostrando la luna
 Su aureola ;
 Ya la flor dobla su frente
 Por mirar en la laguna
 Su corola :
 Ya los pájaros murmuran
 Dulces trinos de amorosa
 Despedida ;
 Ya las estrellas fulguran
 Sobre la natura hermosa
 Dormecida :
 Ya es todo calma y descanso :
 Ni el aura en la selva umbria
 Vuela leve....
 Hasta el arroyuelo manso
 A murmurar cual solia
 No se atreve !
 Acuda pues el que anhela
 Consuelo, expansion, reposo
 Para el alma,
 Que libre al espacio vuelva
 Cuando todo silencioso
 Duerme en calma,
 No tema si ríe ó llora ;
 Nadie escucha sus canciones
 Ni su duelo...
 Implóre á Dios que á tal hora,
 Seguras las oraciones
 Van al cielo !
 Ven jóven, tú que trocaste
 Por mil ensueños de rosa
 Mil engaños ;
 Ven anciano, tú que hallaste
 Esperiencia dolorosa
 Con los años.
 Ven niña, si de amor lloras
 Dicha pasada ó presente
 Desventura ;
 Ven madre, tú que las horas
 Cuentas ante una reciente
 Sepultura !
 Venid cuantos en el alma
 Guardais dichas ó tormentos
 Recatados,
 Ya la noche en santa calma
 Os guarda dulces momentos
 Codiciados.
 Ella acoje vuestra queja,
 Ella enjuga vuestro lloro
 De amargura,

Ó al menos correr le deja
 Entre su inmenso tesoro
 De dulzura !

Feliz quien busca tal hora,
 Que impregna los corazones
 De consuelo !

Feliz quien entonces ora,
 Que entonces las oraciones
 Van al cielo !!

JOAQUINA G. BALMASEDA.

CASARSE POR CARAMBOLA.

(CONCLUSION.)

Á una señal de la Reina, la cortina se descorrió para dar paso á la gitana, quedándose la escolta en la pieza inmediata. Lo que menos pudo figurarse Azucena era que se hallaba en presencia de las personas reales. En su concepto los Reyes tenian siempre ceñida la corona y empuñando el cetro. No comprendia que una Reina pudiese vestir de negro, y sin manto recamado de púrpura y oro.

Hizo al entrar un saludo, que nada tenia de ceremonioso; paseó sus miradas por el salon, sin notar la presencia de Luisa de Orleans, que tenia el rostro vuelto hácia la ventana, y el cuerpo casi escondido detrás de la cortina de damasco.

—Acércate, dijo la Farnesio; acércate, no tengas miedo...

—¡Miedo! De qué? repuso la gitana. Mi desgracia es tan grande, que ya no tengo nada que temer!

—Si te han dado motivo de queja, pide justicia, y la obtendrás. Aquí has venido para decir la verdad. ¿Qué ha pasado la noche anterior al pié del terrado? Habla. ¿Ese hombre que ha muerto, era tu marido, tu hermano?

—Era el cojuelo, respondió Azucena vertiendo un mar de lágrimas. Un pobre imbécil... Un corazon como hay pocos en el mundo!.. Mi único amigo ha muerto, el pobre, por haber salido á mi defensa; pero no ha muerto como un cobarde, su cuchillo se ha quedado clavado en el brazo del conde de Peñafior.

—El conde de Peñafior! ¿Conoces tú á ese Conde? prorumpió la Reina, enderezando la cabeza como para oír mejor. ¿Sabes que objeto se proponia al escalar el Monasterio?

—Sí señora, lo sé, queria subir al cuarto de su amada... una señorona de la corte... ¡Pero yo se lo impedí, yo! Así pague su delito con la vida.

—Y conoces tú á esa señora de quien hablas? sabes cómo se llama?

—Como se llama no lo sé, pero la reconoceria entre mil; he visto su retrato, y no se me despinta.

—¿Es aquella señora? preguntó la Reina, señalando á la camarera mayor.

—Quién? esa respetable dama? ¡No por cierto!

Al decir esto, fijó casualmente sus miradas en el rostro de la reina Luisa, que se habia vuelto á mirarla con cierta curiosidad, ó mejor dicho, con celosa inquietud. Encontráronse sus miradas.

Azucena palideció, despues su rostro se tiñó de vivos colores, y con acento de rabia exclamó:—Esa! Esa mujer es la que ama el conde de Peñafior.

A estas palabras enderezóse la cabeza del Rey, que parecia tan dormido... Por un movimiento instintivo, su nuera se habia refugiado entre sus brazos. La Farnesio alzaba los ojos al cielo, aparentando asombro y dolorosa indignacion, en tanto que la camarera bendecia en sus adentros la casualidad, ó mejor dicho, la Providencia, que ponía en claro la verdad del hecho.

—Esta es, repetía entre tanto la gitana; lo juraría en presencia del Rey.

Sin embargo, bajó los ojos aturdida por la imponente mirada que la dirigió Felipe V. Éste probó entonces que se hallaba bien despierto; él fué quien habló primero, y á su voz acudió el oficial de guardia.

—Esa muchacha está loca, dijo el Rey señalando á la gitana... Que la encierren por toda su vida en el hospital de Zaragoza.

La orden no admitía réplica, y llevóse á efecto con tal prontitud, que cuando la gitana quiso recordar, ya iba caminando hácia el encierro, del cual no volvió á salir.

—Duquesa, dijo el Rey encarándose con la de Monte Cano; en atencion á tus servicios y honrosos antecedentes, prefiero la separacion al castigo; cástate con el conde de Peñafior, y así remediaremos el escándalo.

—¡Qué me case con el Conde! repitió la buena señora estupefacta; pero Señor, ese casamiento es imposible.

—Nada es imposible cuando yo lo mando, repuso el Rey con tono que no admitía observaciones.

La Duquesa inclinó la cabeza, púsose colorada, y no podemos afirmar que dió muestras de sentimiento.

La que sí quedó traspasada fué la reina Luisa, que hizo esfuerzos heroicos para poner, como se suele decir, al mal tiempo buena cara.

—El tal oficialito, dijo la Farnesio mirándola con punzante ironía, eleva sus ojos á grande altura; quizá no ten-

drá por conveniente rebajarse hasta la pobre Duquesa!

—El conde de Peñafior obedecerá las órdenes del Rey y las mias, repuso la jóven con orgullosa entonacion, y devolviendo á su enemiga una mirada de odio. Despues apoyó su cabeza sobre las rodillas de Felipe V: aquella pobre cabeza se abrasaba.

—Hija mia, la dijo el Rey con acento paternal, conozco con harto sentimiento que tu salud no es tan buena como yo deseo, y lo mejor será que te vayas á respirar el aire de París; la distraccion te curará bien pronto.

Tres semanas despues se verificó en la iglesia de San Felipe el Real el casamiento del conde D. Enrique de Peñafior con la Excm. Sra. D.^a María de la Cerda, Duquesa viuda de Monte Cano, y Grande por sus propios títulos, heredados por sus mayores ó adquiridos en el campo de batalla.

La multitud de curiosos que acudió á las gradas de San Felipe, atraída por el boato y magnificencia que la Duquesa desplegó en el dia de sus bodas, notó que la novia iba muy contenta, engalanada y rejuvenecida, y el novio muy triste, muy pálido, casi de luto; conocíasele á primera vista que le costaba mucho trabajo el sonreír á la novia.

En el momento de darle la mano para subir á la carroza, oyóse hácia la calle de Alcalá una griteria extraordinaria; la gente corria y gritaba: ¡Viva la francesita! Era que la reina Luisa emprendía su viaje á Francia, y el pueblo de Madrid acudia presuroso á despedirla con señales de amor y de respeto.

D. Enrique para no caerse tuvo que apoyarse en el brazo de su amigo el artista, que para distraerle y consolarle, señaló con el índice á los blasones pintados en las portezuelas de la carroza, diciéndole al oído y en voz baja:—Esa corona Ducal es vuestra. Ya sois Grande de España de primera clase; y luego para sí añadió. ¡Dios haga que los novios no se arrepientan de haberse casado por carambola!

(Traduccion.)

MICAELA DE SILVA.

TEATROS.

Aunque parte de la presente reseña no tenga verdadero interés por referirse á producciones que hace dias nacieron y murieron sin dejar tras de sí huella alguna, esperamos que nuestras amables lectoras nos dispensen semejante defecto pues no queremos que quede sensible vacío en nuestra crónica teatral. Vamos pues á dirigir una ojeada retrospectiva á la pasada quincena para recopilar, si bien lacónicamente, las novedades en ella verificadas. Por desgracia, aun cuando en diversos grados de mérito, ninguna de ellas lo tiene tan notable que exija para sí un detenido estudio.

A principios de este mes se estrenó en el Circo una comedia en dos actos y en verso denominada *Los amigos íntimos*. Sus autores los Sres. Granés y Pastorlido no han producido en ella una buena obra literaria porque exceptuando alguno que otro personaje sueltamente escrito, carecia de toda importancia dramática en cuanto al asunto y su des-

arrollo. Tampoco hicieron una obra buena, moral y socialmente hablando, porque la base era absurda, y en punto á detalles habia mucho que corregir. Su sino era morir pronto y pronto murió.

Recientemente, hace cuatro ó cinco noches, se ha representado por primera vez en el mismo coliseo otra comedia, que merece mayor atencion. Llámase *El Hogar sin jefe*.—Pasando por alto la estrañeza del título, debemos decir que su fábula es algo interesante y hasta cierto punto sentida, por mas que tocante á novedad dista mucho de lo que puede desearse. El desenvolvimiento de aquella es agradable y fácil la versificacion. Esta comedia consta de tres actos.—Su autor, D. Emilio Mozo de Rosales fué llamado á la escena por parte del público que quiso dispensarle tal galantería.

Tambien se ha representado en el Circo un proverbio

en un acto arreglado del francés, y denominado *El que no está hecho á bragas...* Solo podremos decir que es uno de tantos juguetes como escriben nuestros vecinos para entretenir cómicamente al público por vía de fin de fiesta. Ni bueno ni malo en absoluto, pasa, como se dice en el dialecto teatral.

La ZARZUELA, cuya empresa aunque ilustrada y celosa no consigue sacar al público de su actual apatía, ha ofrecido una apreciable novedad, una comedia en tres actos y en verso denominada *Los sentidos corporales*. El nombre de su autor D. Manuel Breton de los Herreros, era legítima esperanza de que acudiesen á la representacion cuantas personas hay en Madrid aficionadas á las bizarrías y elegancias de la forma literaria, en lo cual debia especialmente distinguirse la obra. No ha sucedido así sin embargo. Pocas noches se ha ejecutado, y eso con corta concurrencia. ¿Ha sido justo el proceder del público? De ninguna manera. *Los sentidos corporales* es una comedia de escaso asunto, y el poco que tiene de no gran importancia. En la pintura de los caracteres y de la sociedad el autor manifiesta hallarse alejado del trato actual en ciertas esferas, ó lo que es lo mismo incurre en varias inverosimilitudes respecto de aquellas y de ésta. Por lo que se refiere á los chistes ó á los defectos de estilo, hay alguno que pudiera sustituirse con ventaja. Pues á pesar de estos defectos que hemos apuntado en globo, es tan digno de respecto el valer literario del Sr. Breton; es tan rica y caprichosa y gallarda en algunos puntos la forma literaria, áun supuestas y concedidas extravagancias, que bien merecía el caso que las representaciones hubieran sido mas concurridas. Confesámoslo sinceramente: al propio tiempo que reconocíamos la débil contextura escénica de la composicion nos deleitábamos con los primores de una versificacion en que se reflejaba á cada momento la difícil facilidad de que hablaba Inarco Celenio.—*Los sentidos corporales* ha sido puesta en escena con esmero y decoro, habiéndose distinguido en su bien entendido desempeño la Sra. Díez y los Sres. Catalina y Mario.

Á la comedia de que hablamos ha seguido el estreno de otra en un acto ejecutada en la noche del martes último, de la cual trataremos otra vez, si así lo exigiesen sus circunstancias. Se titula *Un jóven audaz*.

En el PRÍNCIPE ha habido una quincena fecunda, pero lo producido careció de condiciones de vitalidad.

En primer lugar ofreció una comedia en tres actos denominada de *De París á Sariñena*, original del Sr. Aparici, autor que con ella hacia su primera campaña. De ella sólo podemos decir que por ser muy floja fué oída con tibieza y duró dos noches.

Luego dió al mundo *El Jugador de manos* que ha sido produccion mas afortunada, aunque tampoco ha durado mucho. Es ésta una especie de melodrama, arreglado á la escena española por D. Enrique Gaspar, en que á vueltas de ciertas inverosimilitudes y lugares comunes del género, tiene situaciones variadas y aun interesantes en determinados momentos. Fué bien recibido por el auditorio, pero tambien ha desaparecido de las tablas á las pocas noches de su representacion en ellas, por mas que prometia mayor número.

Á este melodrama siguió una pieza en un acto denominada *A cadena perpétua*, arreglada del francés por el conocido actor D. José María García. Obrita ligera y graciosa, si bien de escasa novedad, entretuvo agradablemente á los espectadores, cumpliendo de este modo con el único destino que tiene que llevar la mayor parte de las producciones del mismo género.

Una comedia en tres actos, original y en verso, ha seguido á las anteriormente citadas. Nos referimos á *La última batalla*, obra de D. Eduardo Zamora y Caballero, ya conocido anteriormente por obras ejecutadas en coliseos de Madrid. *La última batalla* tiene por fábula una intriga amorosa, de no grande originalidad, la cual se halla desarrollada con el auxilio de solo cuatro personajes, si mal no recordamos. Aunque en el curso de la accion hay escenas bien trazadas y desempeñadas con desenfado, el conjunto de la comedia resulta de muy poco relieve, y áun pálida y fria, circunstancia de perjudicial efecto en las composiciones teatrales.—La ejecucion de los actores, encomendada á las Sras. Palma y Dardalla y los Sres. Pizarroso y Zamora, fué armoniosa y esmerada, pero no ha conseguido sin embargo darle una larga existencia. *La última batalla* ha vivido tres ó cuatro noches.

Después de esta obra se ha estrenado tambien en el PRÍNCIPE otra comedia original y en verso, si bien de un solo acto. Se titula *El que nace para ochavo...*—Su autor D. Pelayo del Castillo, poco conocido en el catálogo de los escritores dramáticos, aunque no tan desconocido como algunos periódicos suponen, ha dado con esta pieza un considerable paso en su carrera. Gracia en la concepcion de la idea, donaire en la expresion de los pensamientos y verdadera facilidad en la versificacion constituyen las principales condiciones de tan agradable juguete. Ha recibido muchos aplausos y quedará en el repertorio.

DIEGO DE RIVERA.

MODAS.

El grabado que acompaña á este número representa un abrigo de noche para la cabeza ó para usarlo en el campo las personas que tienen necesidad ó gusto de salir á él en este tiempo. La *capelina* ó capucha que muestra el dibujo por delante y por detrás, es de cachemir blanco, forrada de una ligera capa de algodón y de tafetan blanco. Todo alrededor va guarnecida de encaje negro, que marca además un pico en la parte superior de la cabeza, en cuyo centro y en la esclavina lleva un sembrado de estrellas ú hojas de encaje negro tambien: rizados de encaje blanco y negro guarnecen el rostro, y debajo de la barba la sujeta un lazo de cinta blanca.

Inútil es advertir que en la confeccion de esta prenda puede entrar la variedad, haciéndola en seda, lana ó felpa de seda y del color y adornos que se prefiera, resultando siempre una prenda de vestir cómoda, elegante y de poco coste.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.